El carlismo ante la reorganización de las derechas. De la Segunda Guerra Carlista a la Guerra Civil

Carlism and the Reorganization of the Rights. From Carlist War II to the Civil War

Javier Esteve Martí*
Universitat de València

Recibido: 25-IV-2014
Aceptado: 21-VII-2014

Resumen

En 1936 el carlismo no combatió con el objetivo prioritario de imponer a su propio rey, ni siquiera por un proyecto político propio. Este hecho sólo puede comprenderse en el contexto de procesos como la crisis del legitimismo monárquico o la reordenación de las derechas españolas. Este artículo se plantea el estudio de cómo el carlismo participó de la nueva sociedad de masas y del parlamentarismo, lo que facilitó una serie de acercamientos a grupos de derechas, especialmente a algunos de los que participarían del nacionalismo reaccionario. Ello favoreció conjunciones, más o menos sólidas o duraderas, que se vieron estimuladas por el colapso del sistema de la Restauración y el auge de movimientos políticos como el anticlericalismo, el socialismo o el anarquismo.

Palabras clave: Carlismo, Legitimismo, Nacionalismo reaccionario, Amalgama contrarrevolucionaria.

Abstract

In 1936 Carlists did not fight with the main objective of imposing their own king, not even for a particular political project. This fact can only be understood in the context of processes like the crisis of monarchical legitimacy or the reordering of the Spanish right wing parties. This article considers the study of how Carlism participated in the

* El autor participa en el proyecto "De la dictadura nacionalista a la democracia de las autonomías: política, cultura, identidades culturales" [HAR 2011-27392], financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Agradece sus consejos, correcciones y dirección a Jesús Millán y Mª Cruz Romeo.

new mass society and in parliamentarianism, which facilitated a series of approaches to rights groups, especially to some of those who would join reactionary nationalism. This favoured more or less strong or long-lasting links, which were stimulated by the collapse of the Restoration system and the rise of political movements such as anti-clericalism, socialism or anarchism.

Key words: Carlism, Legitimacy, Reactionary Nationalism, Conter-revolutionary amalgam.

A finales de febrero de 1876, las últimas tropas carlistas cruzaban la frontera franco-española y se clausuraba un conflicto que comenzó durante el reinado de Amadeo, se prolongó durante toda la I República y quedó sentenciado tras la restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII. Pese al célebre *¡Volveré!* de Carlos VII, el carlismo ponía fin a su etapa insurreccional y se cerraba una época de guerra civil casi perpetua[1]. La derrota bélica causó una grave crisis en las filas del carlismo, que quedó sumido en un estado de desmovilización y parálisis que incluso le llevó a ser definido como un movimiento político en vías de extinción. Especialmente porque la entronización de Alfonso XII dio al traste con la amalgama contrarrevolucionaria, propiciando la deserción de los liberales conservadores y de parte de la jerarquía eclesiástica[2]. Además, el carlismo se vio afectado por sonados cismas como el pidalista, el cabrerista y sobre todo el integrista en 1888 y el mellista en 1919[3].

Pero el carlismo sobrevivió a todas estas vicisitudes y el 19 de julio de 1936, los requetés se lanzaron a las calles de Pamplona y ganaron Navarra para el bando sublevado contra la legalidad republicana. Los carlistas, llegados de los villorrios aledaños, se concentraron en la Plaza del Castillo: era el encuentro entre el campo y la ciudad.[4] Se integraban –en lo que fue una apuesta claramente

1. En la Restauración la partida, la guerrilla y la insurrección a campo abierto se convirtieron en fenómenos residuales. Fueron sustituidos por el militarismo y más tarde por la paramilitarización, fenómenos que no ponían tan directamente en peligro la estructura legal y de partido carlista como si lo hacían movimientos subversivos aislados como el de la Octubrada, GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, "Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas (1931-1936)", *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, nº 2 (2003), p. 114.
2. El concepto amalgama contrarrevolucionaria es descrito en CANAL, Jordi, *El carlismo: dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000, p. 121. En cuanto al atractivo de la Restauración para los sectores que la abandonaron, debe tenerse en cuenta que esta suponía la salvaguarda del orden, la propiedad y la moralidad, REAL, Javier, *El carlismo vasco. 1876-1900*, Madrid, Siglo XXI de España, 1985.
3. Sobre las diferentes escisiones, CANAL, Jordi, "Las muertes y resurrecciones del carlismo. Reflexiones sobre la escisión integrista de 1888", *Ayer*, nº 38 (2000), pp. 115-135.
4. UGARTE, Javier, *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

mayoritaria pero no unánime en las filas carlistas– en el seno de una nueva alianza contrarrevolucionaria que, en esta ocasión, ya no luchaba con el objetivo prioritario de entronizar al pretendiente carlista. La marcha de Oriamendi, clásico himno del movimiento, reflejaba con una alteración en su letra, aunque pudiera tener mucho de impuesta desde arriba, el cambio de realidad que vivía el carlismo. Ya no se trataba de que "venga el rey de España a la Corte de Madrid", ahora era suficiente con "que los boinas rojas entren en Madrid".

¿Qué había ocurrido en ese lapso de sesenta años? En general puede hablarse de una crisis del legitimismo y de un reforzamiento del antiliberalismo que no fue acompañado del crecimiento del carlismo, sino de una relativa pérdida de su importancia. El objetivo de este texto es perfilar ese contexto, así como una serie de transformaciones, nunca predeterminadas y fruto de procesos discontinuos, que favorecieron el acercamiento del carlismo a los distintos grupos de derechas que confluyeron en torno al nacionalismo reaccionario. Un nacionalismo reaccionario que llevaba tiempo prefigurándose antes de aparecer conformado como una verdadera cultura política, y en cuyo trasfondo ideológico tuvieron mucha influencia los principios tradicionalistas. En atención a todo esto, en este artículo se presentará también, aunque de forma breve, el prolífico intercambio de hombres e ideas que tuvo lugar en las derechas españolas durante las primeras décadas del siglo XX. Intercambios que, a largo plazo, facilitaron objetivos prioritarios y reclamaciones comunes, lo que explica el masivo seguimiento que entre las distintas culturas o subculturas políticas de derechas españolas tuvo el alzamiento militar de 1936.

Comenzando por los cambios acontecidos en el carlismo, hay que atender a J. Canal cuando afirma que la recuperación de este tras la última derrota bélica fue inicialmente posible mediante su adaptación al sistema político parlamentario, por más que la idiosincrasia belicista pervivió, motivando la fundación del requeté. Ello causaría que ya no pudiese presentarse como una alternativa global al sistema liberal, convirtiéndose en un grupo que participaba –aunque desde los márgenes– en él[5]. Así pues, el carlismo sobrevivía, pero el precio pagado era el de una progresiva transformación a través de una utilización posibilista del sufragio universal masculino, el foro parlamentario y la estructura partidaria[6]. Suponía una aceptación parcial de la transigencia políti-

5. MORAL, Antonio, "Nación y Estado en el pensamiento carlista del siglo XIX", en RUIZ, José Ignacio y SOSA, Igor (dirs.), *Identidades confesionales y construcciones nacionales en Europa (ss. XV-XIX)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2012, pp. 231-232.

6. J. Caspistegui, entre otros, ha destacado la rapidez de la asunción por parte del carlismo de casi todos los instrumentos necesarios para entrar en la disputa por los sufragios, incluyendo el uso y el abuso del caciquismo, CASPISTEGUI, Javier, "Paradójicos reaccionarios: la modernidad contra la República de la Comunión Tradicionalista", *El Argonauta español*, nº 9 (2012), <http://argonauta.revues.org/1409> [consultado: 08-VIII-2014]

ca y de la teoría del mal menor. El carlismo, en este contexto, llevó a cabo un auténtico proceso de reorganización política centrado en la propaganda, el periódico, la tribuna, el asociacionismo y el fin del retraimiento electoral[7].

Ahora bien, este remozamiento es difícilmente extrapolable al terreno ideológico y militar, lo que favoreció tanto una pérdida progresiva de una parte importante de sus bases como el desarrollo de una clara dependencia respecto del Ejército. Un caso paradigmático, buena muestra de esa tendencia, es el de la relación del general Valeriano Weyler con el carlismo. En los últimos años del siglo XIX, el carlismo creyó (y trabajó para que así fuese) en la posibilidad de que el general mallorquín, antiguo capitán general de Cuba y considerado un héroe, encabezase un giro del ejército español hacia la causa carlista. Manuel Polo y Peyrolón, líder carlista valenciano que fue diputado y senador, hizo notar en sus memorias que esta idea llegaba hasta las más altas esferas del carlismo, afirmando que el marqués de Cerralbo y Vázquez de Mella eran, a la altura del cambio de siglo, "weyleristas fanáticos"[8]. Polo y Peyrolón también recordaba que estando en el palacio de Loredán con Carlos VII, su secretario Francisco Melgar recibió un telegrama en que se reproducían una serie de compromisos por parte del general para con la causa. De acuerdo con su narración, el príncipe proscrito "se puso muy contento". La propia familia real carlista mostraba, por tanto, entusiasmo respecto a Weyler, en consonancia con unas bases populares carlistas que coleccionaban estampas y retratos del que en teoría estaba llamado a ser su nuevo líder militar[9].

La creencia en la posibilidad de atraerse al estamento militar a través de la propaganda estaba arraigada, por lo demás, en el carlismo. Ello explica que con el tiempo los carlistas agasajasen a aquellos militares que, en un ambiente convulso, actuaban con fuerza contra elementos de la izquierda. En esta línea se entiende, por ejemplo, que la cúpula del jaimismo valenciano felicitase junto al resto de elementos monárquicos al general Echagüe por mantener el orden en la ciudad. En ocasiones, esta clase de adhesiones a militares causaba cierto malestar en las filas carlistas, como ocurrió con el propio Polo y Peyrolón, que se mostró crítico con el a la sazón líder del carlismo valenciano Manuel Simó por considerar que la adulación llegaba demasiado lejos en atención al hecho

7. CANAL, Jordi, *El carlismo...*, p. 234.
8. Los cuadernos en que Polo escribió sus memorias se hallan depositados en la Real Academia de la Historia. Para esta mención en concreto, he consultado POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 3, p. 303. Cabe señalar que una parte destacable de estas memorias ha sido publicada en los últimos tiempos: URCELAY ALONSO, Javier, *Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón (1870-1913): crisis y reorganización del carlismo en la España de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
9. POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 3, p. 204.

de que Echagüe servía a la monarquía alfonsina. Críticas muy parecidas a las que lanzó contra el alcalde de Algemesí, igualmente jaimista, que premió a dicho general con una calle en su honor en este municipio valenciano[10].

Pese al mencionado anquilosamiento de su ideología y estrategias militares, ello no debe llevar, en todo caso, a pensar en un carlismo inmóvil frente al cambio, pues desde las últimas décadas del siglo XIX fue empapándose de estatalismo, imperialismo y nacionalismo, lo que posibilitó la construcción de nexos entre el tradicionalismo y el pujante nacionalismo reaccionario. Estas corrientes, que recorrieron casi transversalmente el espectro político español, se vieron agudizadas por el discurso regeneracionista, que frente a la crisis nacional apuntaba a una profunda reforma del funcionamiento del Estado, el fortalecimiento de la nación española frente al auge de otros nacionalismos (internos y alternativos) y una recreación imperial africana. Gracias a estos cambios puede esbozarse la existencia de continuidades, aunque a veces sean difusas y complicadas de seguir, entre esa ideología decimonónica inficionada de la filosofía eclesiástica predominante desde el siglo XVIII, de romanticismo y de legitimismo monárquico, y la extrema derecha nacionalista, irracional y corporativa que fue conformándose a comienzos del nuevo siglo[11].

La presencia del carlismo en el espacio público, que se fomentó con la mencionada reorganización, le puso en contacto con las demás fuerzas políticas de derechas y nacionalistas, favoreciendo las transferencias de personas y de ideas con aquellas con las que más tenía en común. Por otra parte, el salto al ruedo político y la concurrencia a las elecciones acabó enfrentando al carlismo con una realidad desmoralizadora que siempre había tratado de obviar: no era mayoritario en la sociedad española[12]. Es más, el paso del tiempo lo enfrentó, incluso, con la realidad de su progresiva pérdida de influencia en la vida política española, por más que se continuó empleando la salvaguarda mental de que los católicos, aunque sólo ante un agravamiento de la situación, se habían de decantar hacia su principal defensor. En ocasiones, como en el caso de las palabras del militar y diputado carlista Joaquín Llorens, estos paños calientes iban acompañados de referencias claramente despectivas hacia los católicos que transigían

10. POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 6, pp. 189-192.
11. Las definiciones de ambos fenómenos en ARÓSTEGUI, Julio, "Estudio preliminar", en VÁZQUEZ DE MELLA, Juan, *Una antología política*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2002, p. XXXIV.
12. Al respecto de esa pérdida de centralidad política, J. Aróstegui afirmó que a partir de la Restauración fue el obrerismo el que se convirtió en agente de las mutaciones de la sociedad española, ARÓSTEGUI, Julio, "El carlisme en la dinàmica dels moviments liberals espanyols, formulació d'un model", en CANAL, Jordi (coord.), *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, Barcelona, L'Avenç, 1993, pp. 65-66.

con el liberalismo: "será preciso que ardan las iglesias para que esos católicos de papel de estraza salgan de su marasmo"[13].

En todo caso, el alcance de la reorganización política fue muy diferente en las diversas regiones en que el carlismo se hallaba asentado. Este proceso, iniciado por el marqués de Cerralbo (1889) y que tenía por eje los Círculos carlistas, se extendió especialmente en Cataluña y el País Valenciano. Por el contrario, en Navarra, sometida desde antaño a una profunda carlistización, los cambios fueron menos sensibles, aunque la expansión de los Círculos fue destacable[14]. En las provincias vascas fue más importante el hecho de que en Vizcaya la competencia del nacionalismo vasco restó seguimiento al tradicionalismo nacionalista español, que había sido importante salvo en la capital. Un tanto de lo mismo ocurrió en la provincia de Guipúzcoa, en la que el nacionalismo vasco tardó más tiempo en arraigar entre la población pero en la que el carlismo también tuvo que competir duramente con el integrismo, que contaba con bastiones de la importancia de Azcoitia, en el distrito de Azpeitia.

La crisis del legitimismo

El carlismo, en estos sesenta años, vio disminuir su importancia en el panorama político, en el contexto de un proceso discontinuo y jamás predeterminado –paralelo a la erosión del régimen liberal, los años de la dictadura y la posterior proclamación de la II República– en que se produjo el engrosamiento de las filas del antiliberalismo no legitimista. Pese a esa tónica general, no debe considerarse este decaimiento como un proceso lineal. Así pues, acontecimientos concretos como la Octubrada (1900), un desbaratado intento de levantamiento, tuvieron una incidencia poderosa en la organización carlista, que sufrió un importante retroceso. También vivió cierto marasmo a partir de la segunda década del siglo XX, del que salió tras la proclamación de la II República. Asimismo, se produjeron cambios destacables que afectaron a los territorios de implantación del carlismo, pudiendo señalarse la pujante organización del partido, protagonizada por Manuel Fal Conde, en la Andalucía republicana[15].

13. Carta de Joaquín Llorens a Polo y Peyrolón (Madrid, 3 de junio de 1901). RAH. Sign. 9-33-8-7895
14. CASPISTEGUI, Javier, "¿Carlismo en Navarra o Navarra carlista?: paradojas de una identidad conflictiva entre los siglos XIX y XX", en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución. Actas de las I Jornadas de estudio del carlismo*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 205-244.
15. Resulta significativo el resultado obtenido en las elecciones generales de 1933, en las que la Comunión Tradicionalista obtuvo un acta de diputado por la ciudad de Sevilla y dos por la provincia de Cádiz, unos resultados importantes en una zona nunca especial-

Pero la imagen general de retroceso es innegable. Incluso dentro de la cultura política tradicionalista, de la que el carlismo era una subcultura principalmente distinguida por el legitimismo, la cuestión dinástica fue perdiendo peso. En ello fue fundamental el desarrollo de la teoría de las dos legitimidades, expuesta en el carlismo por la princesa de Beira (1864) con el objetivo de deslegitimar a Juan III[16]. Esta teorización acabó volviéndose en contra del propio pretendiente a favor del cual se había orquestado. Y es que, con justificaciones similares a las llevadas a cabo por ésta, con el paso del tiempo los integristas –así como otros disidentes como el padre Corbató– abandonaron a Carlos VII por considerarlo ilegítimo por ejercicio, bien fuera por haberse liberalizado o por mantener una postura cesarista[17]. Lo mismo ocurriría más tarde con Jaime III, que en su juventud había vivido ciertos escándalos por considerarse sus posturas próximas a las del liberalismo[18].

En un limbo entre el tradicionalismo y el liberalismo, con los que mantenía una relación variable teñida de posibilismo, el legitimismo dinástico perdió progresivamente fuerza entre las filas del conservadurismo español. La adaptación del *Ralliement* francés ejecutado por la Iglesia católica fue aquí mucho más sencilla ya que, en vez de una república, el régimen establecido era una monarquía que otorgaba a la religión un papel privilegiado[19]. La proximidad de la jerarquía eclesiástica respecto a la dinastía alfonsina, como había ocurrido ya en tiempos de Isabel II, causó auténticos estragos en el carlismo, afectado por la infidelidad de una Iglesia de la que se tenía por único defensor. El propio Manuel Polo y Peyrolón reflexionó, en un claro tono de amargura, al respecto de esta aparente contradicción:

> "No lo he comprendido nunca. Los carlistas españoles componemos el único partido que ha derramado a torrentes su sangre por la Religión y por la Iglesia, y sin embargo los altos dignatarios de ésta, que fueron en definitiva los únicos

mente representativa para el carlismo. Los resultados electorales pueden consultarse en *El Siglo Futuro*, 22-XI-1933, "Diputados tradicionalistas", p. 1.

16. MORAL, Antonio, "Nación y Estado..., pp. 228-229.
17. CANAL, Jordi, "Las muertes y resurrecciones... y CORBATÓ, José Domingo, *Exposición a Don Carlos de Borbón y Austria-Este sobre carlismo y españolismo*, Valencia, Biblioteca Española, 1904, p. 7.
18. Sobre las acusaciones de liberalismo hechas a don Jaime trataré más adelante. Por ahora baste decir que, como en el caso de su padre, también fue tachado de absolutista, en esta ocasión por Víctor Pradera, DELGADO, Ander, "Víctor Pradera: mártir de España y de la causa católica", en QUIROGA, Alejandro y DEL ARCO, Miguel Ángel (eds.), *Soldados de Dios y apóstoles de la patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, Comares, 2010, p. 70.
19. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro, "Tradicionalismo, catolicismo y nacionalismo: la extrema derecha durante el régimen de la Restauración (1898-1930)", *Ayer*, nº 71 (2008), p. 28.

favorecidos, no pueden ver a sus favorecedores, y trabajan cuanto pueden contra ellos"[20].

Más allá del daño ideológico que causaba al carlismo la aparente distancia de la alta jerarquía eclesiástica, que no se extendía necesariamente al clero más humilde, el mencionado *Ralliement* también conllevó la aparición de agrupaciones católicas que transigían con el liberalismo y competían con el carlismo por un público similar. Si inicialmente la fundación de la Unión Católica de Pidal (1881) se saldó con un sonado fracaso, lo cierto es que el acatamiento –pragmático y transitorio– por parte de la jerarquía eclesiástica del peculiar liberalismo de la Restauración fue fundamental para la aproximación de lo que B. Urigüén calificó como derechismo católico liberal al Turno dinástico[21]. Además, el fracaso de la Unión Católica no fue el final del liberalismo católico, pues más allá del propio partido liberal conservador, fue destacable la aparición de las Ligas católicas, así como también de otros partidos y sindicatos de filiación católica.

La desvalorización de la dinastía legítima se extendió, incluso, entre los propios carlistas. La entronización de Carlos VII fue especialmente importante ante el crítico contexto causado por las muertes reales posteriores a la Ortegada (1860) y por la traición de Juan III. Pero el prestigio del duque de Madrid, acrecentado durante la contienda, fue desmoronándose a partir de 1874 debido a una serie de escándalos que se vieron agravados por su inactividad ante la crisis finisecular. En este contexto, las críticas más benévolas culparon de su pasividad a su esposa María Berta, si bien las hubo mucho más duras, pudiendo citarse las de Joan Bardina, que calificó a Carlos VII de nulidad en cuanto a la dirección de causas[22]. Un número importante de las críticas hacia Carlos VII se dirigieron a la vida sentimental de éste, marcada primero por escándalos y más tarde por el impopular matrimonio con María Berta, que aparentemente le alejó de los hijos tenidos con su anterior esposa[23].

---

20. POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 3, p. 249.
21. URIGÜEN, Begoña, *Orígenes y evolución de la derecha española: el neo-catolicismo*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1986.
22. CANAL, Jordi, *Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 35.
23. Los ataques al príncipe proscrito por su relación con una joven húngara le llegaban en forma de burla desde la prensa liberal, como puede verse en el largo artículo "Agridulces" de Manuel Sancho en *El Heraldo de Madrid*, 2-VII-1892. Más interesante aún es el artículo escrito por el célebre republicano valenciano Vicente Blasco Ibáñez en *Don Quijote*, 6-VII-1899, en que se hace burla de la anterior promiscuidad de Carlos VII para pasar después a tratar sobre el control que Mª Berta ejercería sobre su esposo. Así, Blasco define a don Carlos como un hombre "algo averiado por las heridas de las batallas de Venus" y dice de María Berta que "inmediatamente se adivina que aquella mon-

Lo mismo le ocurrió a Jaime III (pretendiente carlista al trono desde 1909), criticado en numerosas ocasiones por no haber contraído matrimonio y acusado de mantener un estilo de vida disoluto. En este caso las críticas también fueron numerosas, pudiendo destacarse las de Vázquez de Mella, que lamentaba su escasa religiosidad. Manuel Polo y Peyrolón, yendo algo más lejos, dejó anotado en sus memorias que "a D. Jaime de Borbón y Borbón, heredero de la Jefatura de esta gran Casa Real, de la legitimidad española y de la representación católico-monárquica de su augusto padre, le tenían sin cuidado los principios, base y fundamento de su posición y prestigio en el mundo"[24]. Alfonso Carlos, del que también se habían vertido críticas por su papel en la Segunda Guerra Carlista, evidentemente no era el candidato idóneo, pues a la muerte de su sobrino Jaime (1931) ya superaba los 80 años de edad y no contaba con descendencia directa[25].

Si anteriormente la figura del monarca legítimo había sido fundamental para el tradicionalismo, como sostiene P. Rújula cuando afirma que era el único capaz de unir a todos bajo una misma bandera y proporcionaba al movimiento una línea de referencia y continuidad temporal[26], el pleito dinástico acabó relegado a una posición periférica, lo que complicó la diferenciación del carlismo

jita es la que tiene las llaves de la despensa". En cuanto a las críticas a María Berta, estas fueron abundantes por parte de carlistas como Francisco Melgar, antiguo secretario de Carlos VII que achacó a esta su cese tras la Octubrada y siguió odiándola durante toda su vida. Según Polo, Melgar llegó a acusarla públicamente de odiar a la patria y a la causa carlista. Así se recoge en POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 6, pp. 300-305.

24. POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 4, p. 302. También antes de la muerte de Carlos VII, Polo se sumía en el pesimismo y afirmaba: "si pues no se casa nunca, y además inspiran fundadas sospechas de liberalismo sus ideas, el porvenir católico-monárquico que nos espera, no necesita comentarios". En cuanto a las sospechas de liberalismo, también se hacía eco la prensa rival, y en ese sentido *El País*, 4-V-1907, en "El equívoco carlista", le acusaba de ser más liberal que cualquiera de los ministros del gobierno maurista. E. González Calleja ha señalado, en la misma línea, que la desaparición de Jaime III favoreció la reintegración del mellismo en el carlismo, puesto que al hijo de Carlos VII lo consideraban los mellistas sospechoso de criptoliberalismo, GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, "Hacia una nueva guerra carlista (1931-1939)", en ARÓSTEGUI, Julio, CANAL, Jordi y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *Las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, p. 106.
25. Francisco Melgar, de acuerdo con Polo y Peyrolón, que coincidía con su tesis, opinaba que Alfonso Carlos era un santo imbécil: "santo porque sus virtudes privadas y prácticas huelen verdaderamente a Santidad, pero imbécil porque es hombre de ningún alcance y no ha hecho ni aconsejado en toda su vida a su hermano más que necedades". Así se apunta en POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 3, pp. 309-311.
26. RÚJULA, Pedro, "La guerra civil en la España del siglo XIX: usos políticos de una idea", en CANAL, Jordi y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, p. 50.

del resto de grupos de la cultura política tradicionalista[27]. En esta línea, P. González Cuevas ha señalado a Víctor Pradera como una figura fundamental en la aproximación de las derechas nacionalistas españolas durante los años de entreguerras. Ya en el seno del mellismo, había vivido un inicial acercamiento a la Unión Patriótica y por tanto al alfonsismo, con el que ya había convivido en el Partido Social Popular (1919-1923). Más tarde, en el contexto de la II República fue uno de los principales promotores de Acción Española (1931-1936) y de la fundación del Bloque Nacional. No obstante, llegó a proponer la unión dinástica borbónica sugiriendo para ello que Jaime III renunciara a sus derechos y Alfonso XIII abdicase en su hijo Juan, que a cambio debía aceptar el ideario tradicionalista[28].

Víctor Pradera destacó, pues, en un periodo en que el tradicionalismo de raíz carlista fue dejando de lado la cuestión dinástica, ante el devenir de los acontecimientos, para confraternizar con ideas corporativas, organicistas y directamente golpistas[29]. Se produjo, por tanto, la progresiva confusión de las distintas subculturas políticas tradicionalistas, y estas también se aproximaron al nacionalismo reaccionario y al nacionalcatolicismo. No obstante, resulta significativo el temprano interés del maurismo por la figura de Vázquez de Mella, y ya mucho más tarde, el acercamiento de parte del carlismo al partido alfonsino Renovación Española (1933-1936) en el contexto de la II República. La aproximación, que una vez más cabe tener en cuenta que ni era un fenómeno predeterminado ni se dio sin discontinuidades, tuvo su mejor representación en la formación de Tradición y Renovación Española e implicaba un alejamiento evidente del legitimismo, así como también el acercamiento a un proyecto de claro corte autoritario. Autoritarismo que había calado en gran parte de la derecha española, lo que explicaría el apoyo inicial de diversos grupos sociopolíticos al golpe primorriverista. También lo hizo en el carlismo, y así a principios de siglo el carlista Enrique Gil Robles, pese a pretender limitar el poder del Estado, acep-

27. Pese a esta afirmación, no comparto visiones como la de J. Fontana, tendentes a negar cualquier importancia al componente dinástico del carlismo y que han sido rebatidas por J. Canal. Sí considero, como este último autor, que en realidad la cuestión dinástica no fue esencial en el carlismo, idea que desarrolla en CANAL, Jordi, "El rey de los carlistas: reflexiones sobre las palabras, las personas y las cosas", en *Por Dios, por la Patria y el Rey. Las ideas del carlismo. Actas de las IV Jornadas de estudio del carlismo*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2011, pp. 245-249.
28. La trayectoria política de Víctor Pradera puede estudiarse en DELGADO, Ander: "Víctor Pradera...
29. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 51.

tó que este se impusiese sobre la resistencia de la nación con el objetivo de vigorizar el espíritu nacional[30].

El carlismo y el nacionalismo reaccionario

Fue indudable la existencia de una auténtica crisis del legitimismo carlista. Pero lo que realmente puso en jaque su preponderancia en el panorama de la derecha española fue la aparición de una serie de desarrollos ideológicos e intelectuales que con el tiempo confluirían en lo que algunos autores conocen como nacionalismo reaccionario. I. Saz afirma que éste no se formalizó en una auténtica cultura política hasta la década de 1930, pero también que sus inicios serían anteriores y que aun como conglomerado indeterminado tuvo efectos en el conjunto de las derechas españolas ya a principios de siglo[31]. Si durante el siglo XIX el carlismo había sido la cabeza indiscutible de la derecha antiliberal, la crisis finisecular remató un proceso que ya venía de tiempo atrás y que llevó a un ambiente generalizado –especialmente visible en las élites intelectuales– de nacionalismo español contrario a un sistema liberal en el que no se confiaba.

En el caso francés, cuyo estudio es necesario por sus resonancias al otro lado de los Pirineos, la crisis, iniciada en Sedán y con hitos como la Comuna, Fachoda y el *affaire Dreyfus*, favoreció el desarrollo del nacionalismo antiliberal. Lo mismo ocurrió en España, donde el mito de la decadencia no dio pie tanto a soluciones palingenésicas como a respuestas que combinaban referentes nacionalistas preliberales con la idea de la esencialidad católica de España, desarrollada por Menéndez Pelayo pero propia del tradicionalismo español. Ejerciendo al tiempo como compilador y renovador de la tradición, Menéndez Pelayo la adaptó a un discurso regeneracionista, desarrollista y nacionalista, lo cual permitía a esta conectar con el ambiente generado por la crisis finisecular. La figura del intelectual cántabro fue fundamental, principalmente por el calado de su discurso, pues pese a comulgar con el constitucionalismo canovista, una parte importante del conjunto de las derechas pudo reivindicar su figura (como sucedería con autores como Donoso Cortés) convirtiéndose por tanto en elemento de convergencia[32].

El pensamiento de Menéndez Pelayo tuvo también efectos en el propio carlismo, que a su proyecto católico y tradicionalista sumó la aceptación de ese

30. MILLÁN, Jesús, "La retropía del carlismo. Referentes y márgenes ideológicos", en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.), *Utopías, quimeras y desencantos. El universo utópico en la España liberal*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2008, p. 271.
31. SAZ, Ismael, *Las caras del franquismo*, Granada, Comares, 2013, pp. 27-30.
32. BOTTI, Alfonso, *Cielo y dinero: el nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992.

nacionalismo contemporáneo que estaba representado en España por Menéndez Pelayo y que no era incompatible con, entre otros, el patriotismo galdosiano. Una incorporación que no fue demasiado complicada, pues al fin y al cabo muchos de los supuestos de Menéndez Pelayo enlazaban con el primer carlismo, ya que pueden encontrarse fórmulas muy próximas a las suyas en autores como el barón de Juras Reales. Dentro del tradicionalismo (y en general de todas las corrientes políticas españolas) se produjo un empoderamiento del nacionalismo a la altura del cambio de siglo. No hace falta fijar el objetivo en el propio carlismo, sino que resulta más interesante centrarse en otra de las figuras intelectuales con incidencia en toda la derecha española, Emilia Pardo Bazán. En *El saludo de las brujas* (1899), una de sus novelas menos conocida y de corte romántico, la escritora gallega situó la defensa de la identidad nacional como una idea ubicada muy por encima de las banderías políticas[33].

Esta novela, sobre la que poco se ha escrito, se centra en las desventuras del hijo bastardo del monarca de la imaginaria Dacia, que reside en París distanciado de su pasado hasta que su padre enferma y parece va a morir sin descendencia. Frente a la amenaza de que la sucesión recaiga en el duque Aurelio, que se halla muy próximo a Rusia y que por tanto puede suponer un peligro para la integridad nacional, los partidarios de la monarquía tradicional y los liberales acuden a tratar con Felipe, rogándole que acepte la corona. Así, en la obra de Emilia Pardo Bazán la nación se perfila como elemento de unión entre tradicionalismo y liberalismo, y su pervivencia se sitúa muy por encima del supuesto peligro que pueden representar movimientos como el republicanismo o el socialismo.

Por el camino, la escritora gallega lleva a cabo un realce de la figura del monarca, principalmente a través de los pensamientos de la amada de Felipe, Rosario, que no por casualidad es de origen chileno y, por tanto, también español. Ahora bien, el final de la novela es decorazonador, y puede ser significativo del pesimismo reinante entre una intelectualidad que añoraría la reunión de políticos tradicionalistas y aquellos que defendían un "liberalismo respetable", un liberalismo no soberanista. Y es que en *El saludo de las brujas*, superadas las iniciales dificultades, aparentemente Felipe se consolida como único candidato al trono. Es entonces cuando el espíritu de partido aparece en escena y salta por los aires la alianza entre tradicionalistas y liberales. Pese a que la cruenta muerte de Felipe es causada por un hombre del duque Aurelio, subyace la idea de que la pérdida de una vida noble, y del bien más preciado –que es la nación–, se relacionaría directamente con la incapacidad de alcanzar un consenso político.

33. PARDO BAZÁN, Emilia, *El saludo de las brujas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966.

Auge del nacionalismo, por tanto, que fue un elemento transversal en las derechas españolas. Con respecto al desarrollo del nacionalismo reaccionario, I. Saz ha señalado que el conservadurismo español fue extremando progresivamente el peso de los elementos religiosos y nacionalistas en su discurso. Este fenómeno, especialmente visible a partir del periodo de entreguerras, supuso una progresiva ruptura con respecto al conservadurismo liberal y condujo al nacionalismo reaccionario a mantener el antiguo objetivo carlista de acabar con el sistema liberal y, especialmente con su manifestación más perturbadora, la democracia. Asimismo, el nacionalismo reaccionario mantenía una retórica elitista en que no se invocaba al pueblo sino a las instituciones históricas, es decir, la Monarquía, la Iglesia y el Ejército. Además, el nacionalismo reaccionario sostenía un corporativismo orgánico conservacionista, que no se cuestionaba el orden social ni la modernización económica y mantenía un discurso regionalista y descentralizador. Por último, no hacía apología de la violencia como elemento constitutivo, aunque no se oponía frontalmente a ella en un contexto en que los recelos decimonónicos hacia esta habían retrocedido entre la burguesía[34].

Como resulta fácil de entrever, ninguno de estos planteamientos chocaba frontalmente con los defendidos históricamente por el carlismo. La religión y la nación siempre habían tenido un lugar privilegiado en éste, que les concedía un puesto de preferencia en su trilema "*Dios, Patria y Rey*"[35]. En cuanto al vigor de los ataques del carlismo frente al liberalismo y la democracia, no creo que sea necesario insistir[36]. Que el carlismo no preconizaba un brusco cambio del panorama social también es obvio, aunque sí es cierto que el auge de la cuestión social le hizo participar en el debate, por más que tendió a recurrir a soluciones basadas en la caridad de los ricos y la conducta cristiana de los empresarios[37]. La valorización de las instituciones históricas también era clara en el carlismo, que de hecho pretendía devolverles su papel tradicional, afectado por el liberalismo y la división de poderes. El regionalismo y la descentralización también eran elementos constitutivos del carlismo y respecto a la violencia, pese a que había sido practicada con profusión, nunca se había concebido como elemento regenerador.

34. SAZ, Ismael, *Las caras*..., pp. 15-16.
35. La preponderancia de la nación en desarrollos ideológicos carlistas puede observarse en personajes como Enrique Gil Robles, MILLÁN, Jesús, "La retropía del carlismo..., pp. 255-282. El mismo autor va a publicar próximamente un artículo en la revista *Alcores* en que se podrá observar un ejemplo precoz de nacionalismo español en las filas carlistas a través del estudio de la figura del tercer Barón de Juras Reales, Lluís Maria de Moixó, nacido en 1781.
36. El ejemplo más célebre de crítica desde el tradicionalismo puede hallarse en SARDÁ Y SALVANY, Félix, *El liberalismo es pecado. Cuestiones candentes*, Barcelona, Alta Fulla, 1999.
37. ESTEVE MARTÍ, Javier, "El tradicionalisme en l'ascens del nacionalisme de masses: el pare Corbató", *Recerques*, nº 65 (2012), pp.124-125.

Así, resulta evidente que el nacionalismo reaccionario tenía varios puntos comunes con el tradicionalismo, lo que favorecía acercamientos, sí, pero también lo ponía en competencia por un mismo público. Por ejemplo, unas "masas católicas neutras" que, dependiendo de la situación sociopolítica, podían ser un interesante caladero para ellos. No obstante, menudearon desde ambas partes las llamadas a "católicos incoloros" o "patriotas españoles", lo que muestra la voluntad de alcanzar a un público extenso con proclamas supuestamente apolíticas –simplemente patrióticas– en un intento de concentrar a las derechas mediante la presuposición de que los intereses nacionales eran defendidos por élites políticas naturales. En un contexto en que la derecha se presentaba como adalid del nacionalismo económico, no resulta complicado identificar estos llamamientos con referencias empleadas por las dictaduras primorriverista y franquista, que presentaban su régimen como defensor del desarrollismo técnico y las ideas sanas.

En esta línea puede interpretarse la proclama que Manuel Polo y Peyrolón hizo con motivo de las elecciones generales de 1901. Su carta, enviada desde la sierra de Albarracín, iba dirigida "a los electores todos de la circunscripción valenciana en general, y por modo especialísimo a los electores *católicos* neutros o de cualquiera fracción política". En ella trataba de convencerles de que depositasen su confianza en él, para lo cual exponía un programa esencialmente católico, consensuado con la Iglesia y asimismo comprometido con los intereses económicos valencianos. En ese sentido, el escrito parecía querer defender intereses innegables, en el sentido de neutros, cuando se comprometía "a procurar, por último, con verdadero empeño, cuanto convenga a los intereses religiosos, morales, agrícolas, industriales, comerciales, marítimos y tributarios de la nación, de la región valenciana, y singularmente de la católica Valencia"[38].

Por otra parte, la crisis del sistema del Turno no sólo fue importante para el desarrollo del nacionalismo reaccionario, sino que favoreció que una fracción importante del conservadurismo dinástico, encabezada aunque no liderada por Maura, se radicalizase, aproximándose al autoritarismo antidemocrático[39]. El maurismo, como gran parte de las derechas españolas, asumió también el referido énfasis en el catolicismo y la monarquía como elementos fundamentales

38. *Luz Católica*, 16-V-1901, "Remitido. A los electores de la circunscripción de Valencia", p. 16.
39. Se produjo, como décadas atrás, con Antonio Aparisi Guijarro como protagonista, el giro de parte del liberalismo conservador hacia posiciones contrarrevolucionarias, MILLÁN, Jesús, "Contrarrevolució i mobilització a l'Espanya contemporània", en CANAL, Jordi (coord.), *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, Barcelona, L'Avenç, 1993, p. 188. La diferencia es que en esta ocasión, ya entrado el siglo XX, el beneficiario directo de esta defección no fue el carlismo.

y fundadores de la nación. Por otra parte, la dispersión de los mauristas fue trascendental para el progresivo acercamiento de las derechas. Un sector, encabezado por Ángel Ossorio, colaboró con la ACNP y el tradicionalismo mellista en la fundación del Partido Social Popular, cuyo principal objetivo era aplicar los planteamientos católicos sociales. Por el contrario, Antonio Goicoechea y una parte destacable del maurismo radicalizaron sus posturas, alistándose en las filas de Renovación Española[40].

Retomando el asunto del legitimismo, el lector habrá notado que para las derechas, el nacionalismo reaccionario, así como también para el maurismo, la monarquía se constituía como uno de los pilares del nuevo Estado. El problema para el carlismo es que las menciones que se hacían del monarca habían cambiado de tono respecto a las realizadas en el siglo XIX. Hay casos especialmente interesantes, como por ejemplo el de Eugeni d'Ors. Este era uno de los máximos representantes de la defensa del imperio como solución a las tensiones regionalistas y de la monarquía como elemento de unión entre las diferentes naciones españolas, en una teorización que compartía parcialmente con el tradicionalista Víctor Pradera[41]. Su proyecto, ahora bien, no pasaba por la dinastía proscrita, y una muestra de ese ambiente puede encontrarse en los acercamientos de la burguesía catalana a la figura del joven Alfonso XIII a comienzos de siglo. En la misma línea puede referirse el discurso que predicaba la heterogénea Acción Española, en sintonía con el monarquismo místico de un Charles Maurras que simpatizó con la monarquía alfonsina y admiró a Cánovas del Castillo.

La respuesta del carlismo

El carlismo, en convivencia con estas nuevas trayectorias ideológicas, así como también con los fenómenos que afectaban a la sociedad y los retos del nuevo siglo, contó con un amplio margen de reacción. Y es que este movimiento nunca se caracterizó por una gran rigidez dogmática ni por la inmutabilidad de algunos de sus rasgos más profundos, lo cual explica su larga supervivencia. Esta característica fundacional del carlismo favoreció que, lanzados sus hombres a la arena política, se generase un volumen de respuestas amplio, variable en el tiempo y en ocasiones incluso contradictorio. El carlismo se definía, entre otras

40. Sobre el maurismo, ROMERO, Francisco, "Antonio Maura: el gran incomprendido", en QUIROGA, Alejandro y DEL ARCO, Miguel Ángel (eds.), *Soldados de Dios y apóstoles de la patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, Comares, 2010, pp. 1-28.

41. FUENTES, Maximiliano, "Tensions i contradiccions, Charles Maurras i Eugeni d'Ors dins l'ambient intel·lectual de les primeres dècades del segle XX", en PLA, Xavier (ed.), *Maurras a Catalunya, elements per a un debat*, Barcelona, Quaderns Crema, 2012, pp. 86-109.

cosas, por su defensa del catolicismo y el regionalismo –aunque con matices–, lo que le condujo a coyunturales connivencias y colaboraciones con el asociacionismo católico y la Solidaritat catalana. Ambos fenómenos, que en un principio parecían reforzar al carlismo, acabaron por restarle efectivos.

Si personajes como Alfredo Brañas o José María de Pereda parecían ofrecer la cooptación de los crecientes movimientos regionalistas, la realidad es que pronto el desarrollo de los nacionalismos complicó la situación para el carlismo. La pérdida de base social en el País Vasco (especialmente en la provincia de Vizcaya) ante la aparición del PNV es evidente[42]. En el caso de Cataluña, pronto el carlismo hubo de asumir la imposibilidad de protagonizar un catalanismo que se acercaba a posiciones posibilistas e incluso republicanas[43]. Además, la cuestión regional y nacional causó graves problemas en el seno del carlismo, provocando fuertes peleas entre los que aceptaban el pacto coyuntural con los nacionalistas y los que se oponían a este.

Un claro ejemplo de intransigencia respecto a los nacionalismos alternativos es el de Víctor Pradera, que cuando en 1918 se analizaba la validez del acta electoral de Balmaseda (Vizcaya), obtenida teóricamente por el nacionalista vasco Ramón de la Sota, empleó como argumento para que este fuese desposeído el hecho de que, en efecto, no era español[44]. En general, el carlismo, pese a aceptar el regionalismo como uno de sus elementos fundadores, no toleraba iniciativas demasiado osadas en ese sentido, como también demuestra la expulsión del partido de Joan Bardina y de la revista *Lo Mestre Titas* (1897-1900). En esta línea, no falta quien sostiene que el cisma mellista no se debía tanto a las diferentes posturas frente a la Gran Guerra como a las divergencias en cuanto a cuestiones como el legitimismo, el espacio que el carlismo debía desempeñar en el escenario político español y la relación con el autonomismo[45].

Una de las principales reacciones del carlismo fue la de participar, de forma discontinua y sin una estrategia prefijada, del progresivo acercamiento de las

42. Pueden analizarse, como representativos, los resultados de las elecciones generales de 1936. El peso del carlismo en Guipúzcoa y Vizcaya era ya mínimo, pues en la primera el PNV obtenía 4 escaños y el Frente Popular los dos restantes, mientras que en la segunda los tres escaños iban a parar al PNV (y los seis de Bilbao se repartían entre el Frente Popular, con 4 y el PNV, con dos). Por contra, en Álava la Comunión Tradicionalista mantenía su importancia, ganando las elecciones y unos de los dos escaños (obteniendo el restante el Frente Popular). En <http://www.historiaelectoral.com/e1936.html> [consultado: 24-IV-2014]
43. CANAL, Jordi, "¿En busca del precedente perdido? Tríptico sobre las complejas relaciones entre carlismo y catalanismo a finales del siglo XIX", *Historia y política*, nº 14 (2005), pp. 45-84.
44. DELGADO, Ander, "Víctor Pradera..., p. 67.
45. CANAL, Jordi, *El carlismo..*, pp. 250 y 271-272.

derechas acontecido durante las primeras décadas del siglo XX, en el contexto de la formación de una suerte de amalgama postliberal cuyo objetivo máximo era impulsar la recuperación nacional. Un fenómeno para el cual sin duda fue favorable la existencia de límites difusos entre las diferentes corrientes, así como también la tendencia personal a transitar y colaborar por y con distintas plataformas. Un caso representativo es el del ya citado Víctor Pradera, que transitó del carlismo al mellismo y colaboró activamente con el Partido Social Popular y con Acción Española. Este caso no es único, no solamente en las filas del carlismo, sino también en el resto de la derecha española. Por poner un ejemplo, Joan Estelrich, que inició su trayectoria en el carlismo, se empapó de maurrasianismo, participó en el nacionalismo catalán, fue diputado por la Lliga de Cambó y acabó apoyando la sublevación frente a la II República[46]. No cabe duda de que, como sostienen A. Quiroga y M. A. del Arco, las culturas políticas del universo conservador español fueron fluidas y cambiantes[47].

Ya se ha mencionado que el tradicionalismo mellista y en especial Víctor Pradera participaron activamente en la formación del Partido Social Popular, que también fue fomentado por el diario católico *El Debate*. En sus páginas, mediada la segunda década del siglo y con el apoyo de sectores mauristas, surgió el debate en torno al *minimismo*, que venía a ser la oferta de una gran coalición de derechas ante el auge de los partidos de izquierda y la crisis del conservadurismo[48]. La creación de este frente antirrevolucionario suponía, como siempre conllevó la reunión de las derechas para el carlismo, la necesidad de renunciar a ciertos principios. Por ello la cúpula carlista se opuso coyunturalmente a la participación en el frente, aunque hubo toda una constelación de respuestas, que van desde las dudas de Vázquez de Mella a la clara aceptación de Salvador Minguijón, que no consideraba el tradicionalismo posibilista como una renuncia, sino como una herencia del pensamiento de Torras y Bages, Balmes o Aparisi y Guijarro[49].

46. COLL-VINENT, Sílvia, "Joan Estelrich y Charles Maurras: història d'una seducció", en PLA, Xavier (ed.), *Maurras a Catalunya, elements per a un debat*, Barcelona, Quaderns Crema, 2012.
47. QUIROGA, Alejandro y DEL ARCO, Miguel Ángel, *Soldados de Dios y apóstoles de la patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, Comares, 2010, p. XI.
48. CANAL, Jordi, *El carlismo...*, p. 267.
49. SEVILLA, Francisco, *Sociedad y regionalismo en Vázquez de Mella. La sistematización del carlismo*, Madrid, Actas, 2009. En el debate sobre la unión de las derechas, además de Minguijón, también jugaron un papel relevante personajes como Severino Aznar, Víctor Pradera y más tarde Vázquez de Mella, ARÓSTEGUI, Julio, "La ideología", en ARÓSTEGUI, Julio, CANAL, Jordi y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *Las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, pp. 192-195.

En la práctica, la idea de un frente antirrevolucionario –que tenía como precedente las alocuciones en favor de la unidad de todos los católicos– abundó en el discurso carlista y en el del conjunto de las derechas españolas en las primeras décadas del siglo XX. Es más, las alianzas derechistas se materializaron en más de una ocasión, y en algún caso contaron con el apoyo del carlismo oficial. Pese a que incluso durante la II República hubo dirigentes –como Fal Conde– que defendieron la autonomía respecto al resto de las derechas, la impresión general es la de un progresivo acercamiento, con altibajos ciertamente, pero especialmente fuerte en algunas regiones y entre las bases populares. Por otra parte, en la constitución de esa nueva alianza reaccionaria, no sólo participaron partidos políticos, sino también diversos grupos sociales cuyo principal interés era la defensa del orden y la religión. Y el carlismo también interactuó con ellos, en un proceso que una vez más se vio marcado por el acercamiento. Múltiples son los autores que consideran que el carlismo ejerció recurrentemente como bastión del orden, por más que, paradójicamente, lo había atacado con una estrategia armada y violenta contraria a las preferencias socioculturales de la burguesía decimonónica.

En el marco del siglo XIX, J. Millán afirmó que su edificio político podía refugiar a quienes desconfiaban de que la sociedad pudiese regularse a sí misma[50]. El carlismo finisecular se orientó hacia unos núcleos urbanos en que se libraba la verdadera batalla por el poder y donde el orden social estaba especialmente amenazado[51]. Y es en ese contexto en el que parece tomar cuerpo la idea de que la vieja alianza entre trono y altar tenía que ser sustituida por la del altar y la caja fuerte[52], con la participación destacada de un Ejército al que el carlismo había comenzado a apelar ya durante el siglo anterior. Un buen ejemplo de la pujante alianza contrarrevolucionaria se encuentra en la Barcelona posterior a la Gran Guerra, donde el auge del anarquismo fue respondido desde el carlismo con el impulso del requeté y los Sindicatos Libres (1919), que confluyeron con el somatén y fueron empleados por las élites sociales –y algo más tarde por el propio Primo de Rivera– como elementos mantenedores del orden. En un mismo sentido amalgamático se había formado tiempo atrás el Comité de Defensa Social (1908), que reunía personalidades diversas y se encontraba

50. MILLÁN, Jesús, "Popular y de orden: la pervivencia de la contrarrevolución carlista", *Ayer*, nº 38 (2000), pp. 24-25.
51. OLCINA, Evarist, *Carlisme i autonomia al País Valencià*, Valencia, Eliseu Climent, 1976, pp. 240-245.
52. BURLEIGH, Michael, *Poder terrenal: religión y política en Europa de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2005, p. 244.

a medio camino entre el carlismo, el integrismo, el catalanismo conservador, el maurismo y el catolicismo social[53].

La aparición del carlismo como un pilar en la defensa del orden urbano le hizo recuperar protagonismo en una Barcelona en que el sindicalismo y el anarquismo gozaban de gran protagonismo. En este mismo sentido Manuel Polo y Peyrolón creyó comprender que Manuel Simó –con el que mantuvo una relación poco afectuosa y el cual se hizo con el mando regional del carlismo en Valencia a partir de 1909– y el jaimismo valenciano se vieron favorecidos por la pujanza del anticlericalismo canalejista. De acuerdo a lo que Polo anotó en sus memorias, Canalejas, con su actitud, "hizo en tres meses más carlistas que D. Carlos en treinta años"[54]. Todo lo contrario, en su opinión, ocurría con el maurismo, "que acentuaba orientaciones absorbentes hacia la derecha, que restaron vigor y argumentos al carlismo". De lo que no cabe duda, para Polo, es que la Semana Trágica y el derrumbamiento del Partido Conservador, "empujaron a muchas personas religiosas y de orden hacia el jaimismo simonista valenciano, como única esperanza"[55]. Por tanto, la caracterización del carlismo como bastión del orden también resultó favorable para su recuperación en la ciudad de Valencia.

En general, debe recordarse que el éxito de la revolución bolchevique fue fundamental para la fragua de la "guerra civil europea", en cuyo contexto se produjo la aproximación de muchos intelectuales y grupos políticos al conservadurismo autoritario. Favoreció, además, la reunión de las derechas, pues a la postre el peligro revolucionario se erigió en problema fundamental ante el que no debían ahorrarse esfuerzos ni rechazarse posibles aliados. La progresiva orientación del carlismo hacia el autoritarismo y el acercamiento al resto de las derechas puede seguirse a través de varios casos, aunque en esta ocasión me he decantado por el valenciano, cuya evolución acabó convirtiéndolo en un movimiento difícilmente diferenciable en el seno de la alianza contrarrevolucionaria. En Valencia, ciudad dominada desde finales del siglo XIX por el republicanismo blasquista –aunque el carlismo era una fuerza importante–, encontramos un caso temprano de acercamiento de las derechas que puede rastrearse a través de la correspondencia entre Elías Tormo y Manuel Polo y Peyrolón. El primero, miembro del Partido Conservador, ofreció al líder local carlista un pacto ya en 1907, presentándolo como una "cruzada"[56].

53. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y DEL REY, Fernando, *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1995, pp. 126-127.
54. POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 5, pp. 297-298.
55. *Ibid.*, p. 340.
56. Carta de Elías Tormo a Manuel Polo y Peyrolón (27 de enero de 1907, Valencia). RAH.

En un principio todo apunta a que la rápida quiebra del turno dinástico en varias de las circunscripciones de la provincia y la debilidad de los partidos alfonsinos (especialmente en la capital valenciana), contribuyeron a que el partido carlista gozase de una posición privilegiada. Algo similar ocurría en la provincia de Castellón, si bien el partido carlista debió afrontar aquí una serie de problemas que, en la práctica, demuestran las diferentes respuestas que en su seno se produjeron frente a la concurrencia electoral. En Castellón, el carlista barón de Benicasim seguía la estrategia de obtener posiciones de poder local sin importar que los candidatos carlistas se presentasen bajo el título de conservador, liberal, canalejista o incluso republicano. Por esta razón, había sido desautorizado por el partido, lo cual no impedía que siguiese controlando a las masas carlistas de la región[57]. Este hecho resulta destacable, pues es demostrativo de la peculiar relación entre los dirigentes del carlismo y sus seguidores, que permitía un trasvase de lealtades electorales poco problemático. Esta particularidad, que fue un hecho estructural, convertía al carlismo en un socio apetecible para el resto de las derechas españolas. Y es que en la formación de partidos de masas la capacidad de los líderes carlistas –mayoritariamente de extracción burguesa– para arrastrar a las masas y con ellas sus votos, adquiría una importancia fundamental.

En Valencia, pese a que el carlismo mantuvo una relación conflictiva con la Liga Católica –cuya aparición contó con el apoyo de una parte importante del tradicionalismo–, menudearon las alianzas electorales coyunturales con esta, así como también con el conservadurismo. Ahora bien, el propio Carlos VII, en 1903, llegó a desautorizar estos contactos para el caso de que abarcasen a partidos liberales que sostenían posturas anticlericales. El tiempo y el auge de la crisis social y política llevaron a que, ya en la segunda década del siglo, el carlismo se aproximase en términos más estables al conservadurismo dinástico. Así, a partir de 1917 puede hablarse claramente de la formación de un auténtico bloque de derechas, en que convivían carlistas, clericales y liberales conservadores.

También resulta representativa la creación del *Diario de Valencia*, que tuvo lugar durante el año 1911. En él, con el fin de atraer al mayor público posible, la cuestión legitimista quedó relegada hasta el punto de que algunos llegaron a afirmar que el diario se había convertido en un "papelucho liberal". V. Comes sostiene que el carlismo valenciano relativizó su antiliberalismo y relegó el viejo pleito dinástico para poder sintonizar con el conjunto de la derecha valenciana[58]. En este sentido, no resulta sorprendente que en 1919 Manuel Simó y

57. POLO Y PEYROLÓN, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, t. 6, pp. 179-180.
58. COMES, Vicent, "¿Aislamiento o apertura a la sociedad?: un giro estratégico en el carlismo valenciano, 1909-1911", en *El siglo XX: balance y perspectivas. Actas del V Congreso de la*

Luis Lucia siguiesen los pasos de Vázquez de Mella –arrastrando a la mayoría del carlismo del País Valenciano– y acabasen aceptando una monarquía alfonsina que, a su vez, variaba sus posiciones respecto al liberalismo[59].

La evolución del partido carlista valenciano, como ya hemos visto, le acercó a los diferentes grupos conservadores y católicos. Y esto, a la larga, fue en su perjuicio. Más allá de la importancia que pudiese tener la progresiva inclinación del Partido de Unión Republicana Autonomista hacia la derecha, la principal pérdida de público la sufrió el partido con la fundación de la Derecha Regional Valenciana[60]. No sólo se llevó a una parte importante de la élite intelectual tradicionalista (como es el caso de Manuel Simó o Luis Lucia), sino que además compitió con el carlismo por un público similar. Y lo hizo, para más *inri*, empleando como órgano de expresión el antiguamente carlista *Diario de Valencia*. La transferencia de ideas y hombres entre el carlismo y la derecha se saldaba, por tanto, con la defección de una parte importante del tradicionalismo –que primero se había mostrada contraria al jaimismo y favorable al mellismo– del ideal del legitimismo dinástico.

No obstante, la DRV, como la CEDA, mantuvo posturas accidentalistas respecto a la forma de gobierno, siendo paradigmático el caso de Lucia, que, producido el golpe de 1936, se proclamó fiel a la República. El legitimismo dinástico cedió, definitivamente, frente a la preponderancia del conservadurismo económico y las doctrinas católicas. Este cambio permitió a la DRV liderar a la derecha valenciana durante la II República. Integrada en la CEDA, aunque arrollada por el Frente Popular en las elecciones de 1936, obtuvo el nada desdeñable número de seis diputados. Ningún escaño consiguió por contra la Comunión Tradicionalista, que incluso perdió el que tenía en 1933 el que luego sería primer alcalde de la Valencia franquista, Joaquín Manglano.

Conclusiones

El carlismo acabó por asociarse con grupos políticos cuyos proyectos no distaban mucho, y cada vez lo harían menos, del propio. Ahora bien, si antes los carlistas habían sido el núcleo entorno al cual se habían construido las puntuales amalgamas contrarrevolucionarias, ahora sólo serían un componente más de las nuevas alianzas. El universo conservador de las primeras décadas del siglo

---

Asociación de Historia Contemporánea, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000, pp. 321-326.

59. MORENO, Javier, "El rey de los liberales", en MORENO, Javier (ed.), *Alfonso XIII, un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 151-186.

60. VALLS, Rafael, *La Derecha Regional Valenciana: el catolicismo político valenciano (1930/1936)*, Valencia, Alfons el Magnánim, 1992.

XX es una realidad que requiere urgentemente de un amplio estudio. Y es que a partir de la crisis de 1898 se comienza a generar un ambiente, potenciado por el colapso de la Restauración y los cambios sociales, económicos y políticos, en que las clases acomodadas, diversas instituciones y, aún más destacadamente, un grupo heterogéneo de intelectuales –de orígenes ideológicos diversos y hasta contrapuestos– fomentan un discurso postliberal, nacionalista y confesional. Se va generalizando un contexto en que, en un proceso no predeterminado y extremadamente complejo, se acabaría por fraguar el apoyo a la sublevación militar de 1936.

El carlismo participó progresivamente de esta corriente, privilegiando el elemento nacionalista y confesional en su discurso, hasta el punto de que su alejamiento del legitimismo dinástico difuminó sus límites con el resto de los grupos de la cultura política tradicionalista, así como también con el nacionalismo reaccionario. Y llegada la hora de la guerra, pese a ciertas reticencias de la dirigencia, el carlismo volcó sus energías en alcanzar una victoria que, en el contexto de la visión catastrofista propia de las derechas españolas, se antojaba como una última oportunidad para la regeneración patriótica. Pero la victoria franquista supuso, entre otras muchas cosas, la crisis definitiva del carlismo, que quedaría convertido en un movimiento subalterno y, con el tiempo, marginal. Esta vez por acción del dictador, el carlismo completó un proceso que había comenzado por iniciativa propia: la reunión con las derechas reaccionarias.